

# EL DELANTAL DE JULIA

Bulmaro Victoria\*

En la tarde de un día particularmente caluroso me topo en el bar del Hotel con Albarrán, el periodista más curtido de este país, que ha sobrevivido a más de una amenaza de los Escuadrones de la Muerte (que no es *babaepérico*); a los altibajos de la grilla de su periódico – que no es *babaepérico*–, y a los estoques cotidianos del ron de este país, que de ninguna manera tampoco es *babaepérico*.

Después de divagar un poco, mientras me pone al día de las peripecias de Rodolfo Macormic, el detective que será algún día el personaje protagónico de su novela imaginaria, Albarrán se pone serio de repente y me pide que salgamos a caminar.

—Anda como si siguiéramos hablando paja del tal Macormic... La verdad es que estoy preocupado porque el *tocayo* está desaparecido. Lo que sé es que la última vez que lo vieron estaba fotografiando huevadas allá por la penitenciaría.

Después, se esfumó al parecer secuestrado en un jeep del ejército. Su familia está bien asustada. No quiere siquiera hablar conmigo para no comprometerme.

Miro el reloj: ya van a dar las cinco, la hora en que Radio Esperanza transmite por FM burlando todas las tardes el cerco electrónico que ha querido imponer el gobierno.

—Vamos al hotel. A ver si en la transmisión de hoy sale algo de este asunto.

Cuando entramos, el enjambre de periodistas que se reúne en el bar se empieza a retirar discretamente a sus habitaciones, para sintonizar el 13.13 de frecuencia modulada.

*Transmitiendo esta vez desde el Frente Oriental...*

Después de las noticias de rutina de una guerra que es todo menos rutinaria, se deja oír la voz del Mara, el Comandante Maravilla.

...—Y en asuntos de otros temas, queremos notificarle a nuestro público selecto que un brote de *muérdago* se detectó cerca del estanque. Va a ser necesario aplicar un buen herbicida cuando se detecte el origen de la plaga...

\* Seudónimo de José Manuel Pintado. Escritor. Autor del libro *Nostalgia de marte*, en prensa



Albarrán:

—Que traducido al buen cristiano podría querer decir que nos preocupa la suerte de un fotógrafo que al parecer ha sido secuestrado por el ejército.

Mara: Esperamos que la plaga sea controlada muy pronto por algún experto, para evitar otros brotes hacia el interior...

—Púchale –dice Albarrán—. Cada vez son más sofisticados estos huevones con sus claves. Creo que están montando algún operativo para rescatar al *Tocayo* antes de lo dejen como coladera...

—O antes de le saquen alguna sopa.

—No jodas. El *Tocayo* es capaz de cualquier cosa menos de dar información. Además, hasta donde sé todos sus papeles están en regla y su leyenda está intacta. Incluso sigue trabajando para una agencia informativa gringa. Si sólo supiéramos adónde se lo llevaron podríamos organizar una campaña internacional... Creo que vamos a tener que meternos un par de noches a buscarlo entre el *chambre*...

—¿El *chambre*?

—Ya lo irás viendo. Por lo pronto prepárate para una buena *desvelada*.

Nuestro azaroso recorrido empieza a las once de la noche en La Barraca, un establecimiento de tablas en un callejón frente a la Catedral, donde entre *pupusas* y *chanchamitos* los parroquianos consumen *Tic-Tac*, el temible *guaro* de caña del país.

—De aquí salió el poeta antes de que lo asesinaran, me dice Albarrán mientras saluda con familiaridad al cantinero y pide un par de botellitas de *Tic-Tac*. Nos acomodamos en la mesa del rincón.

—Mi país es tan pequeño que no le cabe la justicia todavía, escribió el poeta en esta misma mesa alguna vez.

Algunos parroquianos saludan de lejos a Albarrán, y algunos otros nos miran sin disimular su desconfianza. Albarrán bebe en una especie de estado de gracia que parece una señal para que alguien, en algún momento, se nos acerque.

Frente a él yo observo su transformación camaleónica que seguramente es otra de las virtudes que le han per-



mitido mantenerse vivo hasta ahora. A punto de empezar el segundo Tic-Tac se acerca un joven avejentado y chaparrón. Sin protocolo ni miramientos se sienta en el banco que está libre y empieza a hablar casi sin mirarnos.

—No, pues... Dicen que hay más tiempo que vida... Está al revés el mundo. Después de una larga pausa y un trago igualmente largo... A mí me parece que ustedes más bien quisieran conocer algunas chiquitas...

Albarrán:

—¿Y cómo llegaste a esa brillante conclusión?

—Cuando un par como ustedes se ven medio perjudicados es que seguramente eso es lo que necesitan... Y casualmente yo conozco el lugar correcto donde pueden encontrar lo que buscan...

Albarrán:

—Gracias, valedor. Será en otra ocasión. Ahorita tenemos que arreglar un par de asuntos aquí con mi socio...

—Vaya, pues... Ustedes se lo pierden.

Mientras el viejoven chaparrón se aleja nuevamente sin mirarnos, Albarrán baja la voz.

—Míralo bien. Se llama Baldovinos, y era importante que nos viera buscando desmadre... Seguramente nos lo encontraremos más tarde... Ahora, vámonos con Cuco el Gitano.

Cerca de la medianoche, el centro de la ciudad parece desierto. Después del calorón de todo el día, una neblina incipiente y fría le da a la ciudad un aspecto fantasmal. Los pocos transeúntes pasan rápidamente, como no queriendo ser vistos. La pobre iluminación no ayuda a distinguir otra cosa. El espacio se vuelve un mundo de sonidos aislados y ocasionales. A medida que caminamos se escuchan de repente los latidos de una batería que parece desbaratar la noche. A lo lejos distinguimos unos manchones de luz rojos y azulados.

—Ese es el Vacile de Mario, me dice Albarrán —y el que toca es nada menos que Cuco el Gitano.

Entrar al Vacile de Mario es cruzar la línea de una frontera invisible entre el miedo y la fiesta. Al fondo del escenario Cuco el Gitano cabalga desde su batería sobre la síncopa de una rola cumbiada, que acompañan bailando con toda seriedad una docena de parejas repartidas entre las mesas de lámina del lugar.

Nos sentamos discretamente en la mesa más cerca de la entrada, que nos permite ver todo el Vacile.

Una mesera que es la misma imagen de la dulzura y la

suavidad nos toma la orden. Cuando nos trae las cervezas es requerida por un hombre más que maduro en la mesa de junto. Con toda pulcritud se quita el delantal, lo coloca en el respaldo de la silla donde estaba sentado su acompañante y empieza a bailar una especie de vals tropical, sin dejar salir ninguna expresión y ninguna palabra.

A la segunda ronda de cervezas me animo a invitarla a bailar. Ella repite el ritual del delantal y nos lanzamos a bailar una versión libre de "El rey" de José Alfredo.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Julia, me contesta apenas abriendo los labios. Sus ojos negros y ligeramente rasgados parecen iluminar el espacio con un peculiar magnetismo que, junto con la suave cadencia de su baile, me lleva de pronto a otro planeta en el que a pesar de todas las miserias de la vida sigo siendo el rey.

Cuando termina la música, Julia desdobra con cuidado su delantal y se lo empieza a amarrar en la cintura, cuando irrumpen por la puerta dos tipos endemoniadamente borrachos.

Albarrán se tensa y me dice en voz apenas audible.

—Aguas, que estos son escuadrones de la muerte.

Los tipos vociferan y se sientan amenazantes en una mesa cercana. Uno de ellos saca una pistola corta de la cintura y la coloca ruidosamente sobre la mesa de lámina mirando hacia todos lados con la mirada extraviada, mientras su compañero se abre paso a tropezones rumbo al baño.

Julia se dirige con su dulzura angelical y la charola con cerveza que no he probado todavía, hacia el tipo de la pistola que deja salir una sonrisa grotesca mientras la ve ir hacia él. Julia se desata el delantal con la mano izquierda mientras con la otra le ofrece la cerveza al tipo que trata de levantarse con torpeza. Sorpresivamente enreda la cabeza del tipo con el delantal mientras le da un botellazo de pronóstico reservado al tipo que cae pesadamente.

Julia nos ve de reojo y nos dice sin perder la dulzura ni la calma.

—Más vale que me acompañen, porque no creo que les convenga estar aquí si vienen otros como estos.

Antes de sentir de lleno la fría neblina nocturna, alcanzo a ver a lo lejos a Cuco el Gitano a un lado del baño golpeando frenéticamente al otro borracho con lo que parece ser un rodillo de cocina. ↵